

Previo

Abordé la lectura de la obra y la vida de Julio Cortázar por una cuestión absolutamente afectiva.

¿Cómo no conocer a quien fuera mi vecino (aunque en épocas más lejanas); cómo no rastrear al que , quizás, se sentó en el mismo banco que yo en la Escuela N° 10 de Banfield; a quien caminó mi barrio, mis calles empedradas, escribió sobre ellas, a quien de alguna manera siempre estuvo dándose una vuelta por allí?

Así su obra se internó en mí y comencé a admirar su magnífica transgresión de la realidad, su lenguaje particular y sus homenajes a la realidad que amaba a través de la identificación de dos mundos, tanto el real como el fantástico (en el que no creía); como entre Buenos Aires y París, con una disociación que se anula en la obra.

Luego de mis tiempos de lectora, llegaron los de funcionaria de Cultura. Entonces pude entrevistar a Aída Cocconi, mi vecina y su compañera de banco en la escuela primaria. Fue en 2.000 cuando su esposa, Aurora Bernárdez, asistió a todos los homenajes realizados junto a la SADE Surbonaerense: a la identificación de la esquina de su casa, a la colocación de la placa en la plaza principal de Banfield. Tiempos de inaugurar el salón municipal Julio Cortázar; tiempos en que, con el Centro Cultural y de ex alumnos de la Escuela N° 10, trabajamos para ubicar exactamente la casa en la que había pasado su infancia y lugar donde se desarrollan (aún hoy) las acciones de algunos cuentos. Recordar que quien fue el que "definitivamente" ubicó la casa en la cuadra, fue Luis Yunes, un escritor ciego, ¿no es notoriamente "cortazariano"?

A este autor admirado y eterno personaje de mi ciudad natal, va este homenaje.

Mónica Aramendi